

## Hicieron sonreír a la ciencia ficción

### *Macro Red*

CLAUDIA AMADOR

Sístole, Bogotá, 2023, 135 pp.

LA CIENCIA ficción, por extraño que parezca, no tiene un lugar insigne en la tradición literaria de nuestro país, donde la novela histórica y la autoficción son quizá los géneros más comunes entre los escritores y en definitiva los más publicados. Al no tener ese reconocimiento, sonríe poco. Pero sabemos que los intereses de la cultura cambian y que los tiempos actuales exigen lecturas sobre conflictos también actuales: las implicaciones de los avances tecnológicos, la conciencia hipotética de las máquinas y el futuro de la humanidad, este último cada vez más pesimista. Es ahí donde se sitúa *Macro Red*, ópera prima de la escritora barranquillera Claudia Amador.

Este libro de cuentos, que vio la luz gracias a que la autora obtuvo la Beca de Publicación de Obra Inédita escrita por jóvenes entre los 18 y los 28 años, perteneciente al Programa Nacional de Estímulos 2023 del Ministerio de las Culturas, está integrado por nueve relatos admirables: “Hadrón”, “Buen comportamiento”, “Manual del recolector”, “Grietas”, “Omitir anuncio”, “Fantesc: origen y trascendencia”, “Deus ex machina”, “Fantasmas dobles” y “GEN-o”. En ellos, Amador recurre a instancias narrativas en primera y en tercera persona para exponer una variedad de situaciones peculiares en que los personajes son violentados física y simbólicamente por quienes ostentan el poder de la tecnología. El estilo de la autora favorece la consecución de retratos despiadados al priorizar una forma de narración enfocada en lo visual, en la que se construyen imágenes efectivas y desafiantes, dotadas de patetismo e ironía, al tiempo que se enuncian las acciones motoras de cada relato.

En *Macro Red*, Claudia Amador (quien dio sus primeros pasos por la ciencia ficción en los concursos de cuento de la editorial Mirabilia, de los cuales fue finalista en cinco ocasiones y estuvo incluida en igual número de antologías) demuestra una notable

capacidad para crear tramas desconcertantes, con giros inesperados que además impactan por su violencia; tramas redondas e impredecibles en las que ningún detalle es gratuito, y una facilidad para construir futuros donde la empatía parece haberse extinguido por completo: “Aquí nadie te abraza si no es para romperte por dentro” (p. 25). Como si fuera poco, los nueve cuentos se encuentran atravesados por la presencia de la Macro Red, un espacio virtual al que los seres vinculan sus mentes para acceder a simulaciones que les parecen mejores que la realidad o simplemente para cumplir con sus labores de forma mecánica.

En dicho espacio, los personajes tienen acceso a grabaciones y representaciones infinitas de crímenes atroces; a la posibilidad de alienarse, olvidando el contacto con los demás, viviendo fantasías donde son otros, y decepcionándose cuando dichos sueños terminan y deben volver a su realidad; a una soledad insoportable que los cambia, los insensibiliza, les altera la identidad hasta el punto de hacerlos desconocerse o incluso duplicarse. La Macro Red, que da título al libro, puede interpretarse como el resultado de llevar al límite las posibilidades perturbadoras e incontrolables ofrecidas por internet. Así comienza a proponerse la visión crítica de la autora.

Desde sus inicios, la ciencia ficción ha cuestionado las relaciones entre la humanidad y las formas no humanas, como las máquinas o los androides, ha denunciado las crueldades de la experimentación científica, especulado con el discurso histórico al plantear repeticiones, cambios o anacronismos, y reflexionado sobre el terror inevitable del poder totalitario. Claudia Amador (dicho sea de paso, ganadora del xv Concurso Internacional de Cuento Ciudad de Pupiales 2020), consciente del género en el que se inserta su libro, incorpora esos elementos en la interacción de sus personajes con la Macro Red.

De esa manera, por ejemplo, para algunos personajes las simulaciones son torturas a las que paradójicamente han desarrollado adicción solo como forma de evitar la soledad del aislamiento o del experimento; para otros, la tecnología es una herramienta a la hora de cometer actos criminales como traficar órganos; para otros más, los

contenidos de la Macro Red son relatos que el capitalismo interrumpe con sus anuncios hasta quitarles importancia, volviéndolos el mero pretexto para escuchar promoción tras promoción, de artículo tras artículo, sin que nada más importe, una mofa a los bien conocidos anuncios de YouTube o de Spotify, propios de nuestra época. En este punto, la autora realiza un hilarante tratamiento lingüístico: “Fósforos Nerón: ¡enciende un fuego imperial” (p. 63), “Chips L’horque. Choke on flavor!” (p. 65), “Kronos sabor a pollo con champiñones. Titánicamente instantánea” (p. 66), “Detergente Al Capone. ¡Limpia todo rastro de accidente!” (p. 71), y el anuncio que en la narración logra el mayor nivel de brutalidad: confeti Hiroshima.

A una visión tan pesimista y cínica, pronto la escritora añade un contrapunto con dos relatos en los cuales las máquinas, o los androides, muestran características humanas: ellas empiezan a conocerse, a descubrir lentamente su conciencia y a cuestionar los comportamientos de sus dueños, manifestando una actitud aterradora tierna, como la del monstruo creado por Frankenstein. Estas máquinas alcanzan una de las capacidades más bellas de la condición humana: narrar. Así, los Fantesc, al escribir con perfección las historias que sus dueños siempre habían querido escribir, fueron criticados luego de tomar conciencia de sí mismos. Su respuesta fue: “Los Fantesc entonces se dedicaron a escribir sus propias historias, a crear sus propios mundos” (p. 81). Asunto que terminó en su exterminio. En tiempos del ChatGPT, Claudia Amador propone una reflexión sobre artefactos no humanos que narran.

Algo similar le sucede a GEN-o, o Geno, una androide hecha para sincronizarse con un niño y cuidarlo. Esta accede a la Macro Red y, mientras empieza a conocerse, mientras su condición robótica pronto adquiere características humanas, le cuenta historias al niño; las construye gracias a la extensa información que se acumula en la red y aprende a narrarlas, aunque siempre las deja con final abierto. Al descubrir sus capacidades, los padres del niño planean entregar a Geno para que estudien cómo logró ese desarrollo. No les importa ni la relación de su hijo con la androide ni lo que pueda pasarle a Geno.

Con todo lo anterior, es posible afirmar que la Macro Red es tan violenta que deshumaniza: a quienes la dirigen, a quienes se vinculan a ella, a quienes se encuentran al margen o no la entienden por completo, y en este caso suele tratarse de niños. En el mundo de la Macro Red, ningún pensamiento es privado y ningún beneficio es gratuito. La Macro Red es omnipotente, parece un nuevo dios: condiciona los comportamientos, altera las creencias religiosas, alienta los crímenes. En la narración, con la Macro Red el futuro de la humanidad es gris, violento y sin empatía. Mediante un gran despliegue literario, Claudia Amador intenta percatarnos de la necesidad de ser más cuidadosos con las posibilidades agrestes de la tecnología.

Este libro, sin duda, es una gran noticia para la ciencia ficción colombiana, que ha vuelto a sonreír.

**Antonio José Hernández Montoya**